



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 6.<sup>a</sup> — AÑO XIV. — TOMO XII.

NÚMERO 26. — Madrid 15 de Septiembre de 1889.

NÚMERO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



HERNÁN CORTÉS, ESCULTURA DE VALLMITJANA ABARCA.

Ayuntamiento de Madrid



## SUMARIO

## Texto.

*La Década*, Tordesillas. — *Contestación de su Santidad al último mensaje del Episcopado español*. — *Geología y Protohistoria*, discurso leído por el Dr. D. Juan Vilanova y Piera en su recepción de la Real Academia de la Historia (continuación). — *Higiene y Medicina*, Dr. González del Valle. — *Pedir una enfermedad*, Antonio Guerola. — *Soneto*, Marqués de Dos Hermanas. — *El Obispo Ataulfo*, Alvaro López Núñez. — *La Fe*, Fabio Rada y Delgado. — *Una paradoja*, Angel Vela-Hidalgo. — *Poesía*, Manuel Linares. — *Crónica*. — *Notas sueltas*.

## Grabados.


HERNÁN CORTÉS, *escultura de Vallmitjana Abarca*. — El célebre conquistador de Méjico nació en Medellín (Extremadura), 1485, y falleció en Castillejo de la Cuesta, 1547. Hizo sus primeras armas en Italia; á las órdenes del Gran Capitán. Salíó para Santo Domingo, 1504, pasando á Cuba, 1511, y comenzando su epopeya mejicana en 1519. Al frente de un puñado de valientes, no llegaban á 600 y sólo 35 armados, luchó contra el poderoso Imperio de Motezuma y Guatimozin, derrocándolo y plantando allí la bandera española. En 1521 tornó á la patria, donde Carlos V le nombró Capitán general de Nueva España, Marqués del Valle y Caballero de Santiago, regalándole la ciudad de Oajaca. Vuelve á Méjico y descubre la California, 1536. Muchos son los autores que han escrito la historia del famoso conquistador, entre ellos Solís y Prescott. La estatua que reproducimos pertenece al salón de conferencias del Senado, y para juzgar su mérito basta observar la perfección de sus líneas y el sentimiento que refleja, siendo por todos conceptos digna de su autor y del distinguido lugar que ocupa.

EL PAISAJISTA. — Basta la contemplación de este lindo cuadro para comprender las escenas en que figura como héroe el pintor *tourista*, que durante el verano va reproduciendo la naturaleza y penetrando en sus múltiples encantos. Abstraído en su grata labor, goza sintiendo los primores y misterios que le rodean, y se considera feliz, haciendo gozar á los demás. Tócale esta vez hacer estación en la aldea, donde los chicos parecen extasiados ante el cuadro que reproduce luz, árboles, espesura, todo aquello que forma el ideal de la existencia, para los que viven á la sombra de sus bosques nativos. El artista ejecuta y los niños le admiran sin darse cuenta de ello. Es una bella y exacta impresión del mundo real.

LA MADRE DE LOS HUÉRFANOS. — La hermana mayor, á cuyo cuidado quedaron por muerte de sus padres. Es la hora del descanso y de la recreación: el chico mayor, después de escribir un mal cuaderno, todavía con la pluma en la mano, se despereza apoyado en la pared: el otro, que ha dejado la lectura, forma pompas de jabón; las niñas, más dóciles, dan menos que hacer, y se acogen á su maestra, en la cual bulle siempre esta melancólica idea: "¿Qué sería de estas criaturas si yo faltase? No lo permita Dios."

TORRE DE LA IGLESIA DE SAN MARCOS EN VENECIA, *cuadro de Loefen*. — Alzase este templo en uno de los ángulos de la famosa plaza de San Marcos, en la histórica ciudad de los canales y lagunas, templo que es á la vez mezquita, iglesia antigua y catedral. La torre es obra sólida y atrevida, que tuvo principio en el siglo X y término en el XVI. Léase á lo alto de ella por un camino ó rampa, pues la escalera no tiene gradas, y es algo parecida á la de la Giralda de Sevilla. El panorama que en la cúspide se descubre es admirable: Venecia en el seno del mar; la esmaltada verdura de los campos; las blanquecinas cimas de los Alpes del Friul y la multitud de pequeñas islas agrupadas á la antigua reina del Adriático. La artística escalera de caracol que está entre las campanas, conduce á la miranda superior, á donde constantemente suben multitud de extranjeros.

## LA DÉCADA

 El gacetillero del tiempo, conocido con el mote de almanaque, nos dijo que la canícula saldría el 2 del actual; pero el 12, en que escribo, la insoportable viajera sigue de temporada en Madrid, y á pesar de los anuncios de tempestades y baja temperatura con que nos halagan los sabios augures de tejas arriba, el calor sigue tostándonos y dando motivo á que con razón podamos decir: que sudamos el pan que comemos, lo cual no es aplicable por igual á todos, pues sabido es que muchos, en vez de sudar el pan, sudan el hambre ó la holganza, sin contar con los que hacen vida enjuta y regalada para vivir de lo que sudan otros; y de éstos abundan acaparadores de utilidades y recursos egoístas, para los cuales no hay posible estío, ni ahogos, ni sofoquinas, sino perpetua primavera.

\* \*

¿Qué pasa por el mundo? Dudas, temores, esperanzas: casi lo de ayer, lo de la semana ó el año pasados. Los infelices emigrantes siguen esperando

el vapor que ha de conducirlos á América. Sus explotadores no buscan ya sólo obreros ni hombres de trabajo: la trata de blancos adquiere proporciones verdaderamente criminales; se arranca de su hogar á las hijas de familia, abriéndolas el camino de la perdición. Pero contra este nuevo feudo de jóvenes codiciosas ó ignorantes, ¿no encuentra defensa la protectora Administración? ¿No hay remedio para esas desdichadas? ¿No hay quien las exhorte y haga comprender la vida que les espera? ¿Sus padres lo saben? ¿Y se sabe quiénes son esos? Uno sólo de los que así delinquen, condenado á presidio, juzgo yo que serviría de correctivo á los demás.

De otro género de cosas hay: que la huelga obrera de Londres tendrá al cabo remedio, por haber terciado en ella el ilustre Cardenal Manning; que el episcopado francés, ante el nuevo peligro de unas elecciones, aconseja, y Dios quiera sea con fruto, que se vote á hombres capaces de comprender y sostener la causa de la religión, tan escarnecida en el que se considera centro de la civilización europea. Francia, en ese éxtasis de felicidad que le produce su Exposición, tolera el suicidio y admite el duelo. Su ministro de la Guerra acaba de disponer que, en aquellos casos en que un encuentro personal con las armas en la mano *pueda ser autorizado*, no se haga uso del florete y sí de las espadas de combate. Así lo entendieron sin duda dos *demimondaines*, no sé si alemanas ó austriacas, que salieron celosas, uno de estos días, al campo del honor, y volvieron ambas cubiertas de sangre: sucedo un tanto bufo, que la prensa comunica á la pacífica Europa. Digo, pacífica no: también nos dicen las agencias telegráficas que Rusia sigue concentrando numerosas tropas en la frontera de Armenia, al paso que el Gobierno italiano reconcentra las suyas para que estén dispuestas á todo evento. Con estos indicios calamitosos coinciden horribles sucesos. Nada son los 106 muertos que produjo el descarrilamiento del tren en que iba el Shah de Persia después de su visita á Odessa, comparados con las víctimas del incendio de Amberes, que pasan de doscientas.

\* \*

La *Gaceta* del día 3 publicó el nuevo Reglamento para las Exposiciones nacionales de Bellas Artes, fecha 29 de Agosto, que modifica las disposiciones anteriores en puntos tan esenciales como estos: las Exposiciones se celebrarán, en lo sucesivo, cada dos años (antes eran tres), verificándose cada diez años una en que se reunirán las obras premiadas en las cinco anteriores. Acertado es el acuerdo de abreviar el plazo, haciendo frecuentes los certámenes, que mantendrán la afición y servirán de estímulo á los artistas. La Exposición decenal, concretada al resumen de trabajos premiados, sin otro objeto que verlos juntos, podrá servir, no obstante, de rectificación al juicio del Jurado que haya concedido las medallas, siempre que se expongan unidas cada una de las clases en que se subdividen los premios. Podrán concurrir á las Exposiciones los artistas extranjeros (antes estaba limitado á los españoles), lo cual, si por una parte nos acredita de hidalgos, por otra perjudicará á la producción nacional, dado nuestro carácter de amigos de la novedad y de preferir lo ajeno á lo propio. Ya veremos cómo el arte francés, por ejemplo, ultranaturalista y sensual, se aprecia más que nuestros asuntos modestos y honrados, á menos que los pintores españoles acentúen la tendencia libidinosa, lo cual siempre cederá en desprestigio de nuestra cultura artística. Perfectamente dispuesto que el Jurado único tenga á su cargo la administración de las obras y su calificación, y que para constituir ese tribunal se generalice el sufragio á todos los expositores, así como que, para ser premiada una obra, necesite el

voto favorable de las tres cuartas partes de los individuos del Jurado. Lo que no conforma tanto con la legítima aspiración del artista que trabaje de veras, es que, al clasificar las obras, no se puntualicen las medallas destinadas á cada género, así como hubiera sido conveniente mantener el artículo que marcaba la cantidad destinada á las mismas, ó sea el importe de la adquisición por el Estado. De esta suerte sabe el expositor la cuantía del premio que puede ganar. Pero en la forma ahora establecida, y cuando el preámbulo del decreto insinúa que el dinero solo no crea arte, y que, imponiendo la situación del Tesoro economías, la protección del Estado no puede fundarse exclusivamente en esta circunstancia, lo cual anuncia cierta estrechez llegado el momento de tasar el Jurado los cuadros premiados, esta parte nebulosa del decreto hará, sin duda, que los verdaderos artistas se retraigan, quedando el campo en poder de los jóvenes, fáciles al empezar la carrera, para la lucha por la gloria.

\* \*

La patria ha perdido uno de sus más ilustres hijos. El 4 del actual halló lugar tranquilo de reposo en la villa de Lequeitio, donde pasaba el verano, D. Mariano Roca de Togores, Marqués de Molins y Vizconde de Rocamora, grande de España de primera clase, Caballero del Toisón de oro, y que, al privilegio de brillar en diversas esferas, como hombre de ciencia, literato, político recto y consecuente, individuo de cinco Academias, diplomático, Ministro de la Corona, Senador vitalicio, prócer cuya existencia estuvo por entero dedicada al engrandecimiento de su país, y al amor de la monarquía; á la suma de sus timbres nobiliarios, unió un don superior á todos sus títulos y honores: paz de la conciencia y grandeza de alma. Como político se recuerdan sus servicios en 1847, desempeñando la cartera de Marina; sus campañas en la prensa; sus discursos en el Parlamento desde 1837 á 1854; su representación en el Senado desde 1868 hasta la época presente. Como autor dramático, su célebre drama *Doña María de Molina*; como poeta, innumerables composiciones de diversos géneros. Pro-sista, será siempre citado como modelo de buen decir.

Nació en Albacete á 17 de Agosto de 1812: fué discípulo de Lista y de Hermosilla y condiscípulo de Vega y Espronceda. Los varios caminos que recorrió en su fecunda vida llevan marcadas esas huellas que, como irradiaciones luminosas, no se borran jamás. El lema de su cristiana tumba puede ser éste: «Fe, virtud, honor.»

\* \*

Leía yo en un periódico estas frases: «Las fiestas dedicadas á la Virgen del Puerto no dejaron nada que desear.» Allí estuve la tarde del día 8, y cuando recuerdo, no ya la falta de limpieza del barrio del puente de Segovia, que levanta arcos y guirnalda sobre regueros de cieno, sino el poco decoro con que saca en procesión la imagen de la Virgen María, digo para mí y para los que me lean: ¡Lástima de dinero, empleado en festejos, pólvora y adornos, cuando la Madre de Dios carece de trono, manto y corona! Procesiones así, mejor es suprimirlas, pues disminuyen la devoción en vez de aumentarla.

*Tordesillas*



## CONTESTACIÓN DE SU SANTIDAD

AL ÚLTIMO MENSAJE

## DEL EPISCOPADO ESPAÑOL

A NUESTRO AMADO HIJO MIGUEL, DEL TÍTULO DE LOS SANTOS QUIRICO Y JULITA DE LA S. R. I. PRESBITERO CARDENAL PAYÁ Y RICO, PATRIARCA DE LAS INDIAS OCCIDENTALES, ARZOBISPO DE TOLEDO, Y A LOS DEMAS ARZOBISPOS Y OBISPOS DE ESPAÑA.

LEÓN, PAPA XIII



MADROS Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, salud y Bendición Apostólica. Brillante muestra de la excelente fe y de la constancia que con amor y agrado hemos visto siempre en vuestros actos y escritos es el mensaje que Nos dirigisteis en el día consagrado a honrar la memoria del Bienaventurado Apóstol Santiago el Mayor, patrón de España. Natural era, en verdad, que Vosotros, Prelados de ese católico reino, os sintieseis profundamente conmovidos por la dura afrenta que al nombre católico se hizo públicamente en esta ciudad de Roma en el día santo de Pentecostés, en que los enemigos de la Iglesia rindieron públicos honores a un hereje insolente y audaz, como si en la desenfrenada licencia, en la conducta y en la enseñanza de las más perversas doctrinas consistiese la excelencia de la verdadera virtud. Dignas son de lo que el caso pedía las palabras y los conceptos que vosotros empleáis para reprobar cual merece el hecho referido. Que si grandes se muestran la audacia y la perversidad en los que le han realizado, en tan alto grado resplandece vuestra gravedad y celo pastoral al detestarlo. Y entre vuestras justas quejas tampoco se echa de menos algo que sirve para templar las amarguras que Nuestro ánimo padece y para hacerle gustar la dulzura de gratas impresiones. Pues vemos que por vuestro testimonio se confirma lo que ya otros Nos habían significado, a saber: que los repetidos embates de los enemigos de la verdad aumentan y encienden los piadosos sentimientos de los que han permanecido fieles, los hacen más afectos a Nós y más prontos y solícitos para la defensa de la religión. A esto se agrega aún el tan santo y plausible empeño que Nos participáis de elevar al Dios inmortal cada vez más fervientes súplicas, para que apiadado de su pueblo quebrante las fuerzas de nuestros enemigos y libre a la católica grey de las presentes calamidades. Esto levanta y fortalece Nuestra confianza, porque en la presente lucha entre los hijos de la luz y los de las tinieblas, no puede menos de declararse la victoria en favor de aquéllos a quienes Dios asiste y protege. Y abrigando la firme confianza de que los fieles españoles os seguirán como a sus naturales guías en el cumplimiento de este piadoso deber, del mismo modo que se prestan dóciles a aprender y recibir de Vosotros la sana doctrina, a Vosotros, Amados Hijos Nuestros y Venerables Hermanos, y al Clero y pueblo de vuestras Diócesis, concedemos en el Señor, con grande amor de Nuestro corazón, la Bendición Apostólica.

Dado en San Pedro de Roma a 5 de Agosto de 1889. Año duodécimo de Nuestro Pontificado.

LEÓN, PAPA XIII.

## GEOLOGÍA Y PROTOHISTORIA

## DISCURSO

LEÍDO POR EL

DOCTOR DON JUAN VILANOVA Y PIERA

al ser recibido como individuo  
de la Real Academia de la Historia.

(Continuación.)



N el Diluvium de San Isidro, uno de los más importantes de Europa por su estructura y notable espesor, encuéntrase a 20 metros de profundidad, quizá la mayor conocida en el continente, objetos paleolíticos en el banco que los canteros llaman del guijo, compuesto de cantos rodados, de grava y arena, resultado de la descomposición y transporte, por la que a la sazón no era tan modesta arteria como el actual Manzanares, de los materiales constitutivos de la cordillera de Guadarrama.

Dichos objetos son hachas del tipo de Chelles y de Saint-Acheul, de forma amigdalóidea, de gran tamaño algunas, y cuya regularidad y simetría de líneas revela en el artífice el sentimiento de la belleza, pues bellas son sus primeras obras. A la mezcla con éstas, que eran, por decirlo así, las predilectas, aparecen verdaderos percutores que servían para labrarlas, y cascós ó tasquiles, restos de aquella labor; los cuales, por su aspecto y forma, pudieron muy bien servir al hombre primitivo de cuchillos, por ejemplo, cuyo uso se revela en la disposición que afectan algunos, así como la idea de fabricarlos la patentiza la presencia de algunos núcleos en los que quedó impresa la huella del fragmento que saltó al recibir el golpe de otra piedra, llamada percutor.

Todos estos útiles son de pedernal, que el aborigen tenía que buscar en el criadero de Vallecas y Vicálvaro; algunos están formados de cuarcita, roca menos a propósito, no tan sólo por su mayor dureza, sino también por prestarse menos a la labra, en razón a no poseer tan francamente como la piedra de chispa la fractura concoidea.

En Leiria, al N. O. de Lisboa, a la superficie del suelo, y en el nivel más bajo de la cueva Furninha, encontró el Sr. Delgado dos ó tres hachas del propio tipo, que se conservan y tuve el gusto de ver en el Museo arqueológico de aquella capital.

Si prescindimos por el momento, pues entiendo que hay sobrado motivo para ello, de los instrumentos que el Sr. de Vasconcelhos encontró cerca de Oporto y presentó al Congreso de Lisboa, los de San Isidro, de Leiria y Furninha, son los únicos objetos que se conocen en la Península como representantes del período más arcaico entre los de la piedra tallada, y cuya remota fecha queda acreditada por la contemporaneidad de varias especies extinguidas, tales como el elefante descubierto en San Isidro, el caballo y toro primitivos, de cuyos despojos hanse encontrado en la propia formación diluvial al exterior; así como el oso, el león, el tigre y dos ó tres especies de hiena aparecen con frecuencia en los depósitos diluviales de las cavernas, lo mismo en las de Portugal que en las de nuestro territorio, como para demostrar, dicho sea de paso, la existencia a la sazón del libre paso del continente africano al europeo, ya que casi todos aquellos mamíferos jamás formaron parte de la Fauna de este último, ni tampoco los monos que equivocadamente se quedaron del lado de acá en el Peñón de Gibraltar.

Para pasar en esta breve reseña del período paleo ó arqueolítico, al que yo llamo mesolítico, porque sirve de tránsito al neolítico ó de la piedra pulimentada, ya necesitamos ir en busca de estaciones

ó yacimientos en los abrigos naturales y en las cavernas, lugares que, sin duda por el recrudecimiento del clima, ó por otras ignoradas circunstancias, prefería a la sazón el hombre como vivienda, llegando a posesionarse de ellos después de haber desalojado al oso, hiena, león, etc., cuya compañía en manera alguna debía serle agradable. Mas las nuevas habitaciones subterráneas, que por cierto aún subsisten entre nosotros en Valencia y Almería, por ejemplo, no todas corresponden a la misma época, a juzgar por los objetos que en ellas se encuentran; pues, sin citar otras del primer grupo, la de Aitzquirri, no lejos de Aranzazu, la que tantos restos del oso y de la hiena contiene, hubo de llenarse antes de poderla habitar el hombre, del cual nada apareció hasta el presente; la de Santillana en cuyo fondo de la gran galería encontré un esqueleto casi entero del oso, fué ó sirvió después de vivienda humana, como lo acredita la existencia en su interior de una gran cantidad de restos de comida y de útiles en piedra y hueso. Pero como la industria que se servía de los huesos, asta de ciervo, defensas de elefante, etc., ya supone un verdadero progreso sobre la de la piedra, resulta que antes de las de Santillana, Serriñá, del Tesoro de Málaga, etc., hay que colocar otras que, cual la de Parpalló, San Nicolás, la del Moro, etc., carecen de objetos de dichas materias; así como aquellas deben ser más antiguas que otras varias estaciones, sean ó no cavernas, que ofrecen cerámica, pues ésta supone ya un estado más perfecto de la cultura que el hombre iba alcanzando.

Clasificadas ya las estaciones que siguen en orden progresivo a las de San Isidro y Furninha, veamos cuáles son los objetos que en cada uno de sus diversos grupos se encuentran, que por fortuna son muchos, para establecer la cadena de manifestaciones representativas de la continuidad que ofrece la protohistoria ibérica.

Pertenecen a las más antiguas, por carecer de objetos en hueso y de cerámica, la llamada Cova Negra, no lejos de Játiva; las de San Nicolás de la Ollería (Valencia); la del Parpalló, en término de Gandía; la del Moro, en Teulada (Alicante), y otras varias exploradas por mí, pero que omito por brevedad. Todas ellas se parecen entre sí, a juzgar por los objetos que contienen; a saber: cuchillos, raspadores, astillas ó cascós, algún perforador ó punzón, etcétera, todo de sílex, con la particularidad de que en muchas leguas a la redonda no se encuentran criaderos de pedernal, pudiendo ser indicio esta circunstancia del comienzo de rudimentario comercio. Acompañan a estos instrumentos muchos dientes y huesos de mamíferos, ciervos, cabras, caballo y toro primitivo casi todos partidos, especialmente los largos, para la extracción del tuétano; substancia que con las carnes servía de alimento, empleándolo también en suavizar las pieles de los mismos animales, con las que se comenzaba a idear el primer traje. Las cáscaras de considerable número de moluscos terrestres y lacustres, *Helix Cyclostomas*, *Lymneas*, *Planorbis*, etc., y alguna que otra concha marina de las que aún viven en el Mediterráneo, completan los tesoros contenidos en las cuevas del primer grupo. En algunas encontré escasos y poco significativos dientes humanos; pero respecto a esqueletos, ni siquiera huesos, aunque repetidas veces han dicho las gentes del país haberlos descubierto; como parece que les falta tiempo para destruirlos, no me ha sido dado verlos. Sólo en la de Gibraltar apareció el cráneo de que ya se hizo mérito y del que trataré más adelante.

Por los objetos contenidos en estas cavernas, y especialmente por la práctica de rajar los huesos de los grandes mamíferos, este primer grupo de cavernas corresponde al período inmediatamente posterior al de Chelles y de San Isidro, llamado por Morti-



Ilet moustierense, de la localidad de Moustier, en el departamento de la Dordoña, cuyo enlace con las primeras estaciones lo establece el hecho de haber iniciado el hombre en éstas la fabricación de muchos útiles, tales como tasquiles, cuchillos, etc., que sólo perfeccionó al dar un paso más en las vías del progreso. El tránsito, pues, de la estación clásica de San Isidro á las cavernas del primer grupo fué, según se ve, lento y continuo, sin la menor laguna; es decir, que la industria iba desarrollándose paulatinamente á tenor de las crecientes necesidades.

En Francia obsérvese lo mismo, no tan sólo entre los períodos que preceden, sino también entre el moustierense y el solutrense, que es el que sigue, así llamado de la famosa localidad de Solutré (Saona y Loira), no lejos de Macón, cuyo principal carácter consiste en el predominio de dos armas de piedra, la llamada hacha de hoja de laurel, y la de muesca y mejor escotadura, para colocarla en asta ó mango, cosa que no se observaba antes y que constituye un verdadero adelanto; al finalizar este nuevo período, ya comienza el hombre á labrar objetos en hueso, asta de ciervo, marfil, etc., y á ofrecer los primeros ensayos de sus tendencias artísticas, las cuales acentúanse más hasta imprimir un sello especial al llamado magdalenense, cuyo nombre recuerda la gruta de la Magdalena en término de Sarlat (Dordoña). Algunos arqueólogos agregan á estos dos períodos el moustierense, con lo cual forman la época de las grutas y cavernas, así como al hombre que, obligado por el recrudescimiento climatérico buscaba en ellas un abrigo, lo llaman troglodita, nombre, según otros, no bien aplicado.

Esta bien pensada agrupación sucesiva de las estaciones protohistóricas es perfectamente aplicable á nuestro territorio, ya que en sus abrigos, grutas y cavernas se encuentran las manifestaciones industriales correspondientes á los tres períodos mencionados.

La lanza de hoja de laurel, casi siempre en sílex, existe en el Museo de Tarragona, donde la vi hace dos años, aunque sin indicación de su procedencia, alguna parecida, junto con raspadores, había, según el Sr. Sautuola, de feliz memoria, en la famosa cueva de Santillana de la Mar, y otras más perfectas tuvimos la fortuna de encontrar en otra estación no menos importante, en Argecilla, de la que luego voy á dar cuenta. De las de muesca ó escotadura posee una el Sr. Chía, de Gerona, encontrada en Caldas de Malavella; otra menciona el farmacéutico Alcús, de Bañolas, descubierta en San Felú de Guixols. Procedentes del Garcel, la Gerundia y Puerto Blanco dibujan los Sres. Siret, en la obra titulada *Las primeras edades del metal en el S. E. de España*, algunos instrumentos que, aunque de forma algo diferente, pudieran referirse á este tipo.

Pero si no abundan estas dos clases de verdaderos utensilios solutrenses, son menos raros los raspadores distintos de los chellenses, simples y dobles, los buriles, punzones y cuchillos de piedra, no pocos convertidos en sierra por las incisiones ó dientes que ofrecen los bordes, núcleos y hasta puntas de lanza y flechas. Todo este variado arsenal de armas arrojadas, algunas de las cuales, como las flechas, establecen ya el tránsito á la época neolítica, encuéntrase en las cuevas de Serriñá (Gerona), de Santillana (Santander), y en otras varias, junto con gran cantidad de restos de cocina, formando verdaderos kiokenmodingos, ó paraderos, como decimos en castellano, entre cuyos materiales figuran objetos labrados en hueso y asta de ciervo, en número bastante considerable, y en la de Santillana instrumentos en cristal de roca, bastante raros.

En dichas estaciones, que representan el segundo grupo admitido, existen agujas en hueso, lo cual supone ya la necesidad de coser las pieles, dando un paso más la indumentaria, ya iniciada en tiempos

anteriores; pero como quiera que la materia de que aquellas estaban hechas era poco resistente, hubo de inventarse el estilete ó punzón, con el que se abría el agujero que facilitaba el paso de aquéllas, enhebradas con algún tendón ó fibra vegetal; pues el hilo no se conocía aún. Á todo esto agregábanse azagayas, arpones simples ó dobles, como evidente testimonio de un comienzo de pesca; espátulas para extraer la médula, y otros varios útiles en hueso, llevando todos impresos rayas sueltas, y á veces ensayos de dibujos, como indicio de verdaderas manifestaciones artísticas, de las cuales la cueva de Santillana ofrece, en el techo de la primera galería y en las paredes de las cuatro ó cinco restantes, los testimonios en mi concepto más auténticos y antiguos que se conocen. Con efecto: los dibujos toscos, y las pinturas hechas con ocre que allí se observan, y que he examinado más de una y de diez veces, ofrecen los mismos caracteres que los encontrados en pedazos de marfil y asta de ciervo en varias grutas de Francia; pues unos y otros representan animales contemporáneos de aquel tiempo, siendo idéntica la ejecución de perfil por medio de trazos, y mejor rayas finas, abiertas con instrumento de punta aguda.

A propósito de objetos de arte, ya que de ellos se trata, debo hacer especial mención del encontrado dentro de un cráneo humano en Tíjola (Almería), en un enterramiento fuera de gruta ó caverna, perteneciente sin duda á época más adelantada á juzgar por las hachas pulimentadas que al parecer descubriéronse en el mismo sitio, junto con hermosos cuchillos de pedernal. El objeto á que me refiero es, en mi concepto, una escultura que reproduce tosca é imperfectamente la forma humana, según se infiere de su general delineamiento; la piedra de que se sirvió el artista, la esteatita ó jabón de sastre, como vulgarmente se llama, es sobrado blanda para poder servir como arma, y en cuanto á otro uso, dado el aspecto del objeto, no se comprende cuál pudo ser.

De notar es la escasez de restos del hombre en las cavernas de este segundo grupo, como prueba de que no enterraban á la sazón los muertos, práctica que se advierte, por el contrario, en las inmediatas, numerosas por cierto en España, tales como en la Lóbrega, en Torrecilla de Cameros, de la Solana (Segovia), de Torroella de Montgrí (Gerona), de la Mujer en Alhama de Granada, del Tesoro de Málaga, de Roca en Orihuela de Alicante, etc. En todas estas y en otras muchas de la misma época en España y en la llamada casa de Moura, en Portugal, abundan los huesos humanos y con circunstancias tales en algunas, que inclinan á no pocos arqueólogos á suponer en aquellos trogloditas la ignominiosa práctica de la antropofagia, de la que aún subsiste, por desgracia, alguna reminiscencia ciertas tribus salvajes.

Continúa el aborigen ibérico en esta nueva etapa, fabricando los mismos instrumentos de piedra, ó sirviéndose, por lo menos, de los labrados anteriormente, tales como cuchillos, puntas de lanza, raederas, punzones, etc.; perfeccionándolos, á los cuales agrega la flecha, como tránsito al período neolítico, del cual consérvanse testimonios evidentes en la cueva del Tesoro, en la de Roca, de la Mujer, y en otras varias, en las que se han encontrado alguna que otra hacha pulimentada.

Pero ¡cosa extraña! cuando por esta parte y por la presencia de la cerámica adviértese un verdadero progreso, lo propio que en la fabricación de objetos variados de adorno, diríase que el hombre había retrocedido en el ramo de industria del hueso y de otras materias análogas, antes tan próspero y ahora casi por completo abandonado, como se infiere de la falta de estos útiles, así como de las representaciones artísticas antes ya iniciadas, en casi todas las cavernas españolas que acaban de indicarse; sólo la

llamada Lóbrega, en territorio de Torrecilla de Cameros, y la del Tesoro de Málaga, forman excepción por la riqueza que ostenta, en la primera sobre todo, la cerámica.

(Continuará.)

## HIGIENE Y MEDICINA

Campaña higiénica del nuevo alcalde de Madrid. — Alimentación del niño en la primera infancia. — Aislamiento y antisepsia en los hospitales. — Microbios patógenos contenidos en la boca de los sujetos sanos. — Por qué no provocan siempre enfermedades. — Bebidas sanas que deben concederse á las clases populares.



Los periódicos médicos que se publican en esta Corte felicitan cordialmente al ex-director de *El Imparcial* con motivo de haber sido elevado al primer puesto de nuestro municipio, y porque creen (y en esto no están desprovistos de razón según los hechos van demostrando) que el Sr. Mellado consagrará gran parte de sus trabajos al estudio de una cuestión importante para la vida de Madrid: la higiene.

Por de pronto, y á pesar del poco tiempo que ocupa la silla presidencial del Ayuntamiento, ha resuelto acertadamente dos asuntos que tienen mucha relación con la buena higiene. El primero se refiere al abastecimiento de carnes, el cual fué problema de difícil solución para los representantes del pueblo de Madrid, y motivo de abusos y arbitrariedades que redundaban en perjuicio de la salud pública: hoy queda todo esto arreglado con la cesión del matadero á una sociedad de ganaderos, que indudablemente procurará, porque está en sus intereses, mejorar las condiciones del artículo que expendan.

El segundo de los asuntos higiénicos cuya resolución se debe á la iniciativa del nuevo alcalde, es el referente al aprovechamiento por un particular, de las basuras y aguas fecales de la población, cosa altamente beneficiosa, no sólo porque hará mejor la limpieza pública, impidiendo que se padezcan muchas enfermedades debidas á los miasmas que la retención de dichas materias ocasiona, sino también porque ahorra bastantes miles de pesetas á la corporación municipal, cuyo tesoro no se encuentra en condiciones de hacer gastos superfluos.

Prueba también el buen deseo que anima al señor Mellado, la resolución adoptada con respecto al Cuerpo Médico-higienista de Madrid, cuyo personal ha sido organizado con arreglo á las necesidades de la población en donde presta sus servicios.

Si, como parece probable, los hechos presuntos son los preparativos de la campaña sanitaria que hace mucho tiempo debiera haberse emprendido por el municipio de Madrid, uno gustoso mi voz al coro de felicitaciones que la mayoría de mis compañeros de profesión dirigen al señor alcalde, el cual me permitirá que de paso, con el debido respeto, y sin tratar de negarle pericia en asuntos de higiene, le dé un consejo por si quisiera tenerlo en cuenta en tiempo oportuno.

Lo primero en que debiera fijarse S. E., una vez dispuesto á concluir con aquellos elementos que hacen de Madrid el pueblo más insano de Europa, es en la cuestión de riegos. ¿No ve que éstos, tal como hoy se practican, son origen de infinidad de enfermedades endémicas? El gran ejército de microbios patógenos que se hallan acumulados en el suelo á consecuencia de la imperfección con que se lleva á cabo, por lo general, la limpieza de las inmundicias que en el mismo se depositan, se elevan en la atmósfera al evaporarse el agua, y producen penetrando en nuestro organismo, efectos patológicos que se traducen en fiebres graves de carácter infeccioso: la tifoidea, por ejemplo, se propaga



muchas veces por este medio. ¿Y la difteria? ¿Cómo se explica que, á pesar del aislamiento y la desinfección rigurosa que se practica en cada caso, no se haya podido acabar con semejante epidemia?

Los reumatismos, y por ende las afecciones cardíacas, que son sus consecuencias; las calenturas intermitentes con sus hijas legítimas, la hipertrofia hepática y la caquexia palúdica, se presentan aquí desde que se ha dado en la manía de regar á todas horas y sin reglamentación alguna.

Pero en España no hay términos medios; nuestros ediles han dicho: ¿Madrid es un pueblo seco? pues agua en él hasta convertirle en una laguna. Y aquí recuerdo aquella madre del cuento que, enterada de que su hijo había enfermado porque la nodriza no podía suministrarle el alimento debido, le atracó de papilla de manera tan extraordinaria, que el pobre chico murió de un *reventón* en breves instantes.

\*\*\*

Mi querido amigo el ilustrado director del Laboratorio de Medicina legal de Madrid, Dr. D. Nicasio Mariscal, ha publicado en la *Medicina Práctica* un trabajo muy útil sobre la alimentación de los niños, del que me complazco en copiar aquí, siquiera sea en pequeña parte, los consejos finales.

Según el Sr. Mariscal, la base higiénica de todo problema alimenticio en la infancia, se encuentra en los tres postulados siguientes:

1.º La mejor alimentación para el niño en el período de lactancia es la leche de su madre; sigue después la de una buena nodriza, y continúan, en progresión descendente, la de un animal de cría, ingerida de un modo directo ó bien por medio de biberón; estas dos últimas flases no deben considerarse como sistema de alimentación, sino como un recurso.

2.º No conviene destetar al niño antes de que haya echado los doce primeros dientes, y aun entonces se debe verificar el destete preparándolo poco á poco, nunca de modo brusco.

Y 3.º El régimen alimenticio del niño después del destete debe ser principalmente el lácteo, unido á las féculas y á carnes y pescados de más fácil digestión, privándole en absoluto de toda sustancia indigesta y de toda bebida estimulante, en atención á la debilidad de sus fuerzas digestivas y al predominio y actividad de su sistema nervioso.

Hasta el presente se había discutido en Medicina el valor antiparasitario de los diferentes desinfectantes, pero á nadie se le ha ocurrido negar que el aislamiento sea indiscutiblemente el medio más eficaz para evitar la propagación de las enfermedades infecciosas. Pues bien: ahora sale el Dr. Grancher, diciendo en una obra suya muy reciente, que el aislamiento debe colocarse por debajo de los agentes parasitoides, porque ha observado en el hospital de niños, donde presta sus servicios, que los gérmenes de la viruela, el sarampión y la difteria, escapan á todos aquellos medios que se ponen en práctica para establecer un riguroso aislamiento; de lo cual deduce que nunca se podrá, por mucho que se trabaje, aislar por completo á un enfermo, y por consiguiente siempre resultará ineficaz este proceder en las enfermedades que se propagan por el aire.

En consecuencia, el Sr. Grancher ha variado completamente la disposición dada á las salas de su hospital; derribando los tabiques que separan las habitaciones de los contagiosos de los demás enfermos, pretende aumentar la cantidad de aire respirable, al mismo tiempo que facilitar la renovación de este gas; es decir, se propone con esto, entregar á la desinfección el terreno que hasta ahora poseía en la ciencia el aislamiento.

Todo esto es muy bueno, pero no aconsejaría yo á los arquitectos encargados de construir los hospi-

tales proyectados en la capital de España, que se inspirasen en este ejemplo: las salas de contagiosos son necesarias.

\*\*\*

¿Qué malas intenciones tienen algunos sabios!

¿Pues no nos dice ahora Mr. Netter, muy descaradamente, que la mayoría de los hombres tenemos metidos en el cuerpo infinidad de microbios patógenos?

Así como ustedes lo oyen; la boca y la faringe de muchos individuos están llenas de seres microscópicos, cuya misión no es otra que fabricar sustancias nocivas para el cuerpo. De modo que el aliento de cada uno de estos sujetos, viene á ser como un ciclón capaz de arrancar de raíz y echar por tierra á la organización más vigorosa del mundo. Nada, que va á ser necesario salir á la calle con una mascarilla protectora, impregnada de sublimado ó de ácido fénico.

Pero aun así no podríamos sustraernos á la influencia de los micro-organismos que engendraremos nosotros mismos. Según ha observado Monsieur Netter, el 80 por 100 de los individuos que han tenido pulmonía poseen el *pneumococcus*; también lo poseen el 20 por 100 de los que no han padecido tal enfermedad.

Con el streptococcus piogénico (microbio de la infección purulenta) sucede lo mismo; y así sucesivamente con los demás gérmenes de enfermedades, de manera que no hay nadie que se encuentre libre de esta plaga.

— ¿Y cómo el mundo no se ha convertido en un gran cementerio de la humanidad? — preguntará el lector. — Muy sencillo: porque la acidez de muchos líquidos segregados en nuestro cuerpo destruye los efectos de los microbios.

Esta es la explicación que Netter da en su obra titulada *Microbes pathogènes contenus dans la bouche de sujets sains*, publicada en París en el mes de Julio último. A pesar de la cual, habrá sujetos á quienes no les haya salido el susto del cuerpo.

\*\*\*

En el Congreso internacional de alcoholismo celebrado en París del 29 de Julio al 1.º de Agosto, el Sr. Dujardin Baumetz leyó un discurso sobre las *Bebidas sanas que deben concederse á las clases populares*.

La oportunidad del tema, unido á la brillantez de la exposición y riqueza de doctrina, influyeron de tal modo en el ánimo de sus oyentes, que en la misma sesión acordó el Congreso pedir la adopción de las siguientes medidas:

- 1.ª Que sean absolutamente prohibidos por los Gobiernos, los alcoholes impuros como bebidas.
- 2.ª Que los alcoholes puros sean cargados con derechos muy elevados, para restringir su uso.
- 3.ª Que se rebajen los derechos de las bebidas sanas, comprendiendo en ellas las bebidas fermentadas: vinos, sidras, cervezas naturales, té y café.
- 4.ª Que se creen laboratorios en los centros industriales y se hagan gratis los análisis.
- 5.ª Que las Sociedades de templanza exciten á las clases populares para que beban líquidos sanos y no adulterados, y protejan las cantinas que sólo vendan bebidas naturales y no alcohólicas.

DR. GONZÁLEZ DEL VALLE.

## PEDIR UNA ENFERMEDAD

¿Es esto posible?

¿Se creará acaso un juego de palabras ó una frase rebuscada para expresar una idea imposible?

Así puede, en efecto, parecerlo. Es tan innato

en la criatura humana el instinto de conservación y la repulsión al dolor físico, que se concibe sólo como arrebatado de locura el suicidio, y no se concibe la locura de querer enfermar y sufrir.

Todo revela en nosotros ese instinto y esa repulsión. La salud se considera siempre como el bien supremo. Los mayores potentados del mundo, los seres privilegiados de la fortuna, envidian, estando enfermos, al mendigo que ostenta una salud insolente y á prueba de miserias.

Cuando dos amigos se encuentran en la calle, su primera pregunta no es por el estado de su fortuna ó de su felicidad, sino por la salud, como lo de más interés y lo más importante que el cariño necesita saber para su tranquilidad y satisfacción.

En los momentos azarosos de una enfermedad repentina, se busca ante todo con viva ansiedad al médico como un salvador; y si esta profesión no ha llegado todavía á adquirir por completo entre nosotros la especie de sacerdocio humano que la es debido, puesto que estudia científicamente nuestro organismo y cuida de nuestra vida, misión superior á la del abogado que defiende nuestros intereses y á la del artista que recrea nuestro espíritu, defecto es de nuestras costumbres, que esperamos sea rectificado por una mayor ilustración.

Se comprende, y es digno de aplauso, el arrostrar los peligros de muerte bajo el impulso del deber y del honor; meritoria es la resignación con que se soportan los males físicos que Dios envía; pero desearlos y pedirlos á Dios, es un contrasentido en nuestras ordinarias aspiraciones, que tienden al extremo opuesto. Para encontrar en esto excepciones, que no hay regla general sin ellas, preciso es remontarnos á esas almas purísimas y privilegiadas que, imbuídas de una sublimidad religiosa y envidiable, piden el sufrimiento como mérito y encuentran goce extraño en el dolor.

Sin embargo, aun sin apelar á esa excepción extraordinaria, puede haber casos en que una persona desee realmente enfermar, si tal deseo tiene por origen y por estímulo el sentimiento más tierno del corazón humano, el amor de los amores, el amor maternal.

Pedid á una madre sacrificios y los hará gustosa; pedidla que sufra sin queja y sufrirá sonriendo, si se trata de que no padezcan sus hijos; pedidla que perdone ingratitudes, que luche con la miseria, que reniegue del mundo, que reconcentre todo su ser en el cariño de un tierno niño, que ni siquiera puede, porque no sabe, corresponder al de su madre, y como ésta no es egoísta ni busca correspondencias imposibles, llegará, si las circunstancias lo exigen, á la sublimidad del mayor sacrificio, á desear el sufrimiento y pedir á Dios una enfermedad.

He aquí un ejemplo.

Por las calles de una población importante de Andalucía va una pobre mujer que lleva de la mano á otra joven casi niña. El grupo es viva imagen de un dolor mudo y terrible, pero los transeúntes apenas reparan en él. Aquellas dos pobres mujeres representan un trágico drama. Son madre é hija.

Marta, viuda de un pobre empleado de muy corto sueldo, quedó con su hija en la pobreza al perder á su marido, sin tener derecho á pensión de viudedad. Trabajó con afán hasta que una opalmita tenaz se lo impidió; quiso ponerse á servir, pero no fué posible por tener que cuidar de su pequeña hija, objeto del amor más acendrado; vendió cuanto tenía, imploró la caridad pública, y su infortunio llegó al último extremo al desarrollarse en su hija la tisis, enfermedad terrible que no suele perdonar á las víctimas en que se ceba.

La pobre madre carece de todo, hasta de cama y de las medicinas más precisas. Movida por la necesidad y con el corazón destrozado, lleva su hija al último asilo de los pobres: al hospital.





EL PAISAJISTA.





LA MADRE DE LOS HUÉRFANOS.

Ayuntamiento de Madrid



En su ignorancia de las reglas del establecimiento, creía que allí podría seguir cuidando personalmente de su hija, pues no concebía que debiesen separarla de su lado. Grande, pues, y doloroso fué su desengaño cuando, después de llenadas las formalidades de admisión, colocada ya la enferma en una cama y sentada la madre á su lado, se la dijo por un empleado que era hora ya de que se retirase.

¡Retirarse! ¡Dejar á su tierna niña entregada á cuidados ajenos! A la pobre Marta le parecía esto un error ó un absurdo. Invocó su carácter de madre; se mostró dispuesta á ayudar á los enfermeros, á constituirse gratuitamente en criada del hospital para los servicios más repulsivos, con tal de que la dejasen cerca de su hija. No fué posible; las reglas del establecimiento no lo permitían; se la contestó con bondad, se la ofreció que nada faltaría á la enferma, pero se la obligó á salir.

La infeliz tuvo que ceder: salió anonadada; no había contado con este contratiempo. El hospital, que antes le había parecido benéfico amparo, se le aparecía como un sepulcro que iba á tragarse á su hija.

Se sentó á la parte exterior de la puerta, lloró amargamente, invocó á Dios, porque era piadosa, y tuvo por beneficio divino el ocurrírsele de repente una idea extraña, pero salvadora, á ella, pobre mujer, poco acostumbrada á tener más que las vulgares.

«Si yo estuviera enferma, pensó, me admitirían en esa casa, donde parece que para obtener entrada se necesita llevar la recomendación de la calentura.»

Acogiéndose á este pensamiento, entró en una iglesia inmediata, se postró ante el altar de una Virgen de la Misericordia, y allí, donde tantas almas apenas iban á pedir salud, Marta pidió fervorosamente una enfermedad cualquiera. Irritábase de su bienestar físico, que era lo que la separaba de su hija; y si no hubiera sido una tímida mujer, tal vez se hubiese hecho una herida para presentarse sangrienta en la puerta del hospital.

Atormentada por estas ideas se dirigió á su buhardilla. Allí no había nada para alimentarse ni para abrigarse, sólo se veía el vacío en el miserable jergón donde había estado la pobre tísica. En él se arrojó su desventurada madre y en él lloró lágrimas de una amargura intensa y sin consuelo.

Ó esta pena fué tan profunda que afectó á su organismo, ó Dios oyó compasivo su extraña plegaria. Al amanecer sintió que un fuerte frío y un temblor nervioso se apoderaba de todo su cuerpo, y exclamó con alegría:

— ¡Gracias á Dios que al fin empiezo á estar enferma!

Entróle, sin embargo, otro temor, el de no poder llegar al hospital, y por eso, sacando fuerzas de flaqueza, apresuró su salida, y apoyándose en las paredes de la calle, llegó al fin al deseado establecimiento.

Lo que tenía era un verdadero acceso de fiebre sencilla, producido, sin duda, por las violentas emociones que habría sufrido. El médico de guardia lo comprendió así, y adivinando algo de lo sublime que aquella enfermedad representaba, dispuso colocasen á Marta en la misma sala en que estaba su hija.

Con una noche de abrigo y de alimento confortable y sobre todo con la vista de su hija, cuya cama estaba cerca de la suya, la pobre madre se encontró mejor al día siguiente y pudo sentarse á la cabecera de su querida enferma.

Poco la duró, sin embargo, este consuelo tan deseado. La tisis hacía rápidos progresos; la niña arrojaba sus pulmones á pedazos; la vida se le extinguía. ¡Espiró á los dos días....!

La madre había querido ardientemente estar al

lado de su hija moribunda; muerta ya, se proponía acompañarla hasta dejarla en el sepulcro, pero la imprudencia ó distracción de una enfermera hizo llegar á sus oídos palabras de autopsia y de cirujanos.

Comprendió algo y su delicado instinto maternal le hizo adivinar lo demás. Conoció que el cuerpo virginal de su hija iba á ser colocado en el mármol frío de la mesa de disección....

Al separarse de su hija enferma, había experimentado Marta un dolor terrible; cuando luego la vió espirar, le pareció que ya no había amargura mayor; pero la idea de la autopsia se le presentó como una agravación á la pena, superior ya á sus fuerzas.

Recobrando de repente una energía que parecía increíble en su estado de abatimiento físico y moral, salió como una loca en busca del Director del hospital, se arrojó á sus pies y le pidió con el acento más conmovedor que salvase el tierno cuerpo de su niña de aquella profanación repugnante.

— Nada nuevo descubrirán ustedes, le decía; ha muerto de tisis y esa es enfermedad bien conocida. Si se necesita un cadáver para experimentos de la ciencia, esperen ustedes unos días y tendrán el mío: yo poco puedo ya vivir.

El Director, conmovido por este arranque de dolor pudoroso, la tranquilizó, asegurándole que el cadáver iría á la fosa común sin pasar por la sala de disección.

¡Á la fosa común....! Nuevo espanto para la desventurada madre. ¡Aquella niña tan hermosa y tan querida, mezclada con los repugnantes, cadáveres de otros pobres! Figurábase en su sencilla y piadosa exaltación que, estando sola, los ángeles no la equivocarían cuando bajasen á llevarse su alma pura al cielo.

Salió desalentada del hospital en busca de lo que no sabía donde encontrar. ¡Cómo hallar dinero para costear una sepultura especial, ella que no lo tenía ni aun para comprar un pedazo de pan!

Dios la inspiró; buscó corazones caritativos, que la compadecieron y la facilitaron lo necesario para enterrar á su hija por separado. Tuvo, pues, caja mortuoria, un rincón en el cementerio y una sencilla cruz clavada sobre la tierra que la cubría.

Ver enterrar á una persona querida es, sin duda, una de las penas mayores que puede sentir el corazón humano, y sobre todo el corazón maternal tratándose del cadáver de una hija; pero, sin embargo, para aquella madre, martir del dolor, fué una pena mezclada de incomprensible consuelo.

Se arrodilló junto á la cruz de la sepultura: ya no lloraba, porque había llegado á ese paroxismo del dolor, que rechaza hasta el desahogo de las lágrimas. Parecía ver en espíritu á su hija pura que la sonreía con un amor ya celestial y le daba gracias por haberla libertado de la profanación del bistori y del horror de la fosa común.

Sentada junto al sepulcro de su hija, como continuando á la muerta la compañía que hacía á la viva, parecía, en cuanto lo sublime y divino puede sin impiedad compararse con lo humano, tener algún reflejo del santo dolor de la Madre del Redentor del mundo, cuando estaba en el Calvario á los pies de su Hijo crucificado.

Dolores tan acerbos extinguen todos los resortes de la vida. Marta murió en el mismo hospital á los dos días. En sus últimos momentos pidió al Sacerdote que la asistía que la enterrasen junto al sepulcro de su hija.

Su voluntad fué cumplida.

ANTONIO GUEROLA.

## SONETO

Libando en un rosal exuberante  
Mariposa sutil de Otoño amiga,  
A docta abeja que al labor le instiga  
Le responde con sorna petulante:  
— ¿A dónde tiende tu pasión constante?  
— Al hogar donde aplauden mi fatiga.  
— Pues yo, sin premio en él, soy enemiga  
De señorial prisión y vivo errante.  
Descuidado galán, si en són de queja  
Llegó á tu oído la lección preciosa,  
La torpe urdimbre de tus vicios deja,  
Que la mujer, en su misión de esposa,  
Si halla premio en su hogar, es como abeja,  
Si olvido y decepción, cual mariposa.

MARQUÉS DE DOS HERMANAS.

## EL OBISPO ATAULFO

TRADICIÓN



A traspuso el sol las colinas que se elevan hacia el ocaso; ya el crepúsculo vespertino repartió sus medias tintas por aquellos contornos, y las primeras estrellas comenzaron á fulgurar en el obscuro firmamento. Destacando su majestuosa silueta en la empinada colina, se yergue orgulloso el formidable castillo con sus elevadas torres y gruesos cubos almenados, como un gigante pétreo que desde las alturas de aquella loma parece velar el sueño de los pacíficos pueblecillos de que se encuentra sembrado el hondo valle.

Es de noche; triste y fría noche del mortecino invierno; silba el viento helado y produce ignotos quejidos al colarse por las angosturas de los pasadizos que circuyen la torre del Homenaje y al acariciar las cadenas del puente levadizo. Alguna ave nocturna que se guarece en los ángulos de los bastiones, deja á intervalos oír su lúgubre voz, y el río caudaloso engrosado por las avenidas de la montaña, arrastra por el valle su enorme masa, formando rumor sordo y continuado que se oye tristemente en las soledades de la noche; de vez en cuando percíbense lejanos ruidos de perros que ladran, de ganados que mueven sus esquilonas, de alguna puerta que se cierra, de ecos extraños que en el nocturno silencio se engendran, crecen y se ensanchan por los ámbitos del espacio, como lejanas melodías, voces apenas perceptibles, rumores ligeros y amortiguados que dan un no sé qué de vago á aquellas armonías solemnes llenas de melancólico misterio.

Adormido el señor del castillo, descansa sentado en muelle sitial, de las fatigas de la caza. Arden en la espaciosa chimenea gruesos troncos de árboles que se retuercen acariciados por las llamas que se agitan sin cesar como geniecillos inquietos; en su torno agrúpanse pajes, y dueñas, aquéllos murmurando de éstas, éstas riñendo á aquéllos; los viejos servidores de la casa departen en un ángulo del salón, contándose las aventuras de la guerra santa que los reyes de León tienen empeñada con los infieles sectarios del Corán.... De pronto el señor se incorpora en su asiento; el lebril que estaba echado á sus pies levántase con gentil ligereza, comenzando á lamer la mano acariciadora de su dueño; los paje-cillos se colocan en actitud respetuosa; las dueñas mueven sus rosarios; los viejos servidores suspenden su relato de las hazañas de los cristianos contra los sarracenos.

— ¡García! — exclama el señor del castillo dirigiéndose á uno de sus criados; — ¿qué hora es?

— Aún no hace dos horas, señor, que hundióse el sol tras las cuevas del Poniente.





— Largas son las noches del invierno; — añadió el castellano con marcadas muestras de disgusto; — procura tú acortarme ésta, relatándome una de tantas historias como tu memoria conserva de duendes y de trasgos, que me huelgo de oírte referir cuentos de brujas endemoniadas.

— ¡Santa María, qué miedo! — exclamó una anciana sirvienta haciendo la señal de la cruz.

— ¡Calle la dueña! — gritó el poderoso señor. — Y tú, García, comienza el relato de la conseja con que piensas entretenerme esta noche.

— No es conseja; historia muy verdadera es, que mi padre contome cuando yo era niño, asegurándome haber él mismo visto el maravilloso suceso que os voy á referir — dijo un anciano escudero saliendo, presentándose con humildad ante su señor.

— Pues comienza, buen García, que ya la curiosidad de saber lo que tanto encareces hame picado de impaciencia.

— Reinaba, señor, en Asturias el rey Don Ordoño, primero de este nombre, hijo de aquel otro rey D. Ramiro que quemó y destruyó las naves de los feroces normandos. Unos viles esclavos de la Santa Iglesia de Compostela, traidores á su venerable Obispo Ataulfo, ofendieron el honor de tan buen varón, acusándole ante el rey de crímenes que manchaban la limpieza de su virginidad; ¡horrible pecado! porque debo manifestaros, señor, que el anciano Ataulfo era hombre puro y sin mancilla, de gran santidad y religión, y que únicamente la envidia de sus virtudes y de su jerarquía, pudo engendrar en pechos ruines la calumnia horrenda que aquellos malos súbditos contaron á Don Ordoño. El cual, ya mal prevenido contra el Obispo porque parece que en esta vida los buenos han de ser maltratados y vistos, mandóle comparecer en su presencia para interrogarle é inquirir de aquella grande acusación que sobre él pesaba.

Diciendo la santa misa hallábase el Obispo, cuando recibió del rey el mandato de ir al real palacio; y concluido que hubo el sacrificio y sin desnudarse de sus riquísimas vestiduras pontificales, fué á donde le llamaban con la tranquilidad propia del varón virtuoso que de nada tiene que arrepentirse. Enfurecido encontró á Don Ordoño que con palabras de ira y sin respetar la santidad del Sacerdote revestido con sus sagrados ornamentos, reprendióle su tardanza en presentarse, y hasta la misma guisa en que lo hacía, pues el colérico monarca hubiese querido que Ataulfo compareciese ante él con mucha humildad y mansedumbre como confesando un pecado que no había cometido. Sin oír lo que el venerable varón iba á decir en defensa de su honestidad y recato, el rey Ordoño denostóle con las más graves injurias y le condenó á ser echado á un terrible toro que con él concluyera en corto espacio de tiempo. ¡Oh injusticias de los hombres! Ved aquí, señor, un juez que condena á un inocente sin saber de su delito otra cosa que lo que le habían dicho ruines y mentirosos calumniadores.

Reunió, pues, Don Ordoño á todos los grandes de su corte y al pueblo, y con presteza se dispuso lo necesario para que el buen Obispo sufriese la pena que le había impuesto la cólera del rey. Colocaron primero á Ataulfo en medio de un gran patio, y frente á él soltaron la terrible fiera, cuya braveza azuzaban con perros carniceros y con lanzas, picas y piedras que arrojaban, para que el animal embistiese con más furia al desgraciado anciano: éste de rodillas y haciendo la señal de la Santa Cruz se aprestaba á morir como mártir, rezando muy devotamente, y pidiendo á Dios y á la Virgen María que perdonasen aquella injuria hecha á la majestad venerable del hombre religioso.

Acudió bravamente el toro contra el Santo Ataulfo, pero á la mitad de su carrera, quedóse

parado como si con atención mirase alguna cosa que le sorprendiera; después se acercó muy mansamente á la víctima y comenzó á lamer con mucha humildad aquellas manos que hacían la sagrada señal de nuestra redención. Ataulfo tocó los cuernos, y con asombro de la pasmada concurrencia, las afiladas astas del toro, despegándose de la testuz, quedaron en las manos del Obispo, reduciéndose la bestia no más que á un manso corderillo según se mostraba con Ataulfo de inofensiva y amorosa.

El rey Ordoño y los otros nobles que estaban esperando que la fiera acometiese y martirizase al santo anciano, luego que hubieron visto el milagro que para probar la inocencia de Ataulfo obró en aquel trance la divina Providencia, arrepentidos de sus anteriores sospechas é injusticias, se arrojaron con lágrimas en los ojos á los pies del Obispo, suplicándole que les perdonase el insulto que habían hecho á su virtud y santidad. Bendíjoles á todos y dióles su perdón, pidiendo al Señor que Él también los perdonase y diese al olvido la grave afrenta que inferídoles habían, al manchar su decoro con sospecha tan grave como la que abrigaron en sus corazones, y con agravio tan tremendo como el de arrojar al anciano indefenso á los furores de un animal selvático y rabioso.

Después que hubo concluido la escena que os acabo de referir, señor, púsose todo el cortejo en solemne procesión hacia la Santa Iglesia de Oviedo. Iba delante el Obispo derramando lágrimas de gratitud hacia el Señor magnánimo que le había libertado de peligro tan grande, y detrás el rey y los de su corte con mucha humildad y pesadumbre por el pecado cometido. Llegados que fueron al templo, rezaron con reverencia, dando gracias á Dios por haber obrado caso tan maravilloso que abrió los ojos á muchos que no tenían fe en la religión cristiana. Mandó el Rey que los cuernos del toro se colgasen del techo de la Iglesia para que allí perpetuamente sirviesen de recuerdo de la inocencia de Ataulfo y de la bondad de Dios.

Luego que el santo Obispo hubo orado por largo espacio de tiempo, dirigióse al pueblo y clamó á grandes voces diciendo que puesto que el Señor se había dignado obrar con él un suceso tan extraordinario, él desde aquel momento renunciaba su obispado y se retiraba á vivir vida de penitencia y soledad á las agresturas de los montes. Todos prorrumpieron en grandes muestras de dolor al oír que aquel varón justo les abandonaba; pero lleno de compunción desnudóse de sus vestiduras pontificales, vistióse un humilde sayal, se ciñó un esparto, despojó sus pies de las cáligas que les calzaban, y dando á todos su paternal bendición entre lamentos de la acongojada muchedumbre, se alejó de la ciudad internándose en lo más intrincado de la selva.

Es fama, señor, que este buen Ataulfo hizo vida de anacoreta algunos años, siendo un prodigio de mortificación y santidad: de todos los pueblos de la comarca acudían á él las gentes, ganosas de besar la orla de su hábito, de recibir la bendición de sus manos ó los consejos prudentes de su corazón: vivía en la abertura de una peña y estabase muchas horas de rodillas ante una cruz que él mismo había hecho cruzando dos leños y atándolos con un haz de hierbas; comía raíces y pasaba días enteros sumido en hondas meditaciones. El Rey Ordoño enviábale algunas veces sustento; pero él siempre lo rehusó, rogando con abundantes lágrimas que no le turbasen en aquella santa paz que la bondad de Dios le había concedido. Es fama también que el toro le acompañaba en aquellas soledades, defendiéndole de las fieras dañinas que viven en los contornos. Por fin, un día hallóse á Ataulfo echado en la fosa que para sí diariamente cavaba: estaba muerto. Su semblante placentero más parecía de ángel que de

hambriento solitario; su lengua barba blanca como las nieves de aquellas peñas, cubríale el pecho hasta la cintura; sonreían sus labios y sus ojos medio abiertos tenían dulce mirar; las manos habíalas cruzado y con ellas oprimía su corazón tosca cruz de palos secos; despedía todo su cuerpo olor de flores primaverales y conservóse incorrupto muchos días. Las gentes acudían de todas partes á ver el cuerpo del Santo Ataulfo, y hasta el Rey Ordoño fué en muy devota peregrinación á besar los pies del bienaventurado anacoreta.

Ésta es, señor, la historia que me contó mi padre cuando yo era mozo, queriéndome enseñar con ella que Dios Nuestro Señor defiende á los buenos de las asechanzas de los injustos.

Holgóse mucho el señor del castillo del relato de su servidor, y con los recuerdos del Obispo Ataulfo, se sumió en profundas meditaciones.

Volvieron los pajecillos á sus enredos, las viejas á sus rosarios y murmuraciones, los escuderos á sus coloquios bélicos y los lebreles se echaron de nuevo á los pies de su amo.

Y fuera seguía silbando el viento con creciente ímpetu, entre las desigualdades de los bastiones y las angosturas de los patios.

ÁLVARO LÓPEZ NÚÑEZ.

## LA FE

- ¿De qué vives?
- De esperar.
- Es tu ventura....
- Muy corta.
- Te miro pobre.
- No importa.
- ¿Cuál es tu esencia?
- El amar.
- ¿Esperando vives?
- Sí.
- ¿Y nunca dudaste?
- No.
- ¿Quién te presta fuerzas?
- Yo.
- Luego tu amor....
- Vive en mí.
- ¿Y tu amante?
- Nunca llega.
- No te amará.
- Sí me ama.
- ¿Le llama tu amor?
- Le llama.
- Búscales entonces.
- Soy ciega.
- ¿Y ya os conocéis?
- Los dos.
- ¿Y eres ciega?
- Sí en verdad.
- ¿Dó habita?
- En la inmensidad.
- ¿Y cuál es su nombre?
- Dios.
- ¿Y ese es tu amor?
- Siempre fué.
- ¡Amor divino!
- ¡Infinito!
- Dime tu nombre bendito.
- ¿No me conoces? LA FE.

FABIO RADA Y DELGADO.



## UNA PARADOJA



ABIDO es que causas pequeñas producen grandes efectos: se cuenta que el clavo de una herradura entorpeció la marcha de un ejército, y fué motivo de la pérdida de una batalla y de la desgracia de un reino.

Hay nimiedades que deciden la suerte de una existencia. Parece inverosímil que así suceda: pero es cierto.

Sé una historia sencilla, tan sencilla como desdichada, en la que un detalle insignificante, por su carácter cómico, produjo dramático resultado; porque la vida es al fin paradoja constante en donde la comedia y el drama se confunden y surgen á la vez engendrados por los mismos hechos.

Referiré esa historia:

Era y es Carlos uno de mis más queridos amigos, de figura correcta, de semblante un tanto adusto; misántropo por naturaleza, y como tal de carácter reconcentrado y poco expansivo; hombre estudioso y de vastísima instrucción, pero que dado á filosofías con ribetes de romanticismo, huye de las gentes y sólo entre sus íntimos se encuentra bien.

Aparte de esas imperfecciones, es Carlos hombre de los que hay pocos. Posee sano corazón y recto juicio, ambos conducidos siempre por acertado espíritu de observación y por clarísimo entendimiento.

Tal es el bosquejo de Carlos: pero el retrato moral de un hombre lo dibuja de cuerpo entero mejor que nada su propia historia, dando al boceto vida y luz.

En toda historia de un hombre hay una mujer, en algunas hay más, en ésta basta una. Carlos la amaba; me convenció de ello en sus discursos de á las altas horas, cuando por las calles desiertas nos acompañábamos mutuamente de su casa á la mía y luego de la mía á la suya, dejando á los serenos respectivos con la puerta á medio abrir y la boca de par en par, al vernos volver sobre nuestros pasos más de una vez, para continuar el animado diálogo.

No se resolvía Carlos á aceptar ningún medio práctico por el que procurase salir del platonismo á que estaba entregado y fué preciso que yo venciese, no sin esfuerzo, su resistencia insociable, presentándole cierta noche, previos el anuncio y la visita de ritual, en una respetable casa, á la que iba los lunes su bello tormento y á la que concurrían muchas gentes más, recibidas en confianza para hacer conversación en distintos grupos, bailar alguna vez, oír música otras y jugar al tresillo en un gabinete de deliciosa penumbra y apacible silencio, al que llegaban amortiguadas las voces del salón.

Nunca podré olvidarme de aquella noche en que presenté á Carlos: hizo su entrada azoradísimo, cortado hasta demudarse la color y más aún al ver allí á su amada Julia, que, por cierto, es ya madre de numerosa prole.

No sabiendo Carlos qué hacer de sus manos, buscaba con ellas vanamente los bolsillos del pantalón por encima de los faldones de su abrochada levita, de eso me acuerdo mucho, y yo, su mentor *ad litem*, no le perdía de vista un instante, acudiendo en socorro suyo cuando observaba que, al navegar sin brújula, corría peligro de que zozobrasen sus pies en los bajos de una falda ó de que embistieran sus rodillas en tal ó cual escollo del archipiélago de muebles que poblaba la alfombra.

Preocupado con todo y sobre todo con ella, saludaba torpemente cada vez que era presentado á una nueva persona, torpemente alternaba en la conversación y torpemente se explicaba, diciendo y haciendo muchas más torpezas de las que con frecuencia cometen muchos que valen menos que Carlos.

Por fin, — y fué casualmente en el saloncito del tresillo — pude abandonarle con Julia, á poco de

haberle presentado, porque le ví entonces más oportuno y con menos preocupación, aunque siempre encogido y como en terreno falso. Confié en que su talento, inspirado por el amor, le haría dominar la situación y fingiendo mirar el juego de una de las mesas próximas, les dejé en el momento en que decía un señor gordo «juego sólo.» Al salir, hablamos largamente; es decir, habló él, locuaz y comunicativo como nunca y en la apoteosis de la más exaltada pasión. ¡Qué fuego, qué vehemencia, qué entusiasmo los suyos! y al mismo tiempo, con qué exactitud de detalles en la observación, sabía definir el modo de ser íntimo y el carácter excepcional de aquella mujer á quien supo adivinar su corazón prestando luz al craso entendimiento para sondear abismos del alma, ocultos bajo la superficie de una conversación indiferente.

Julia, además de su hermosura fulgurante, tenía las bellas dotes morales que, antes de verlas revelarse aquella noche en sus palabras discretas, había él vislumbrado en sus ojos. Julia era mujer inteligente pensando y dulce sintiendo; su entendimiento lo animaban destellos celestiales, su corazón era emblema del infinito amor de la caridad; poseía el concepto claro del deber y de la estimación propia, y sin embargo, modesta sin alardes, no se daba cuenta de su inmenso valor; pero á pesar de todo, el amor propio ejercía en ella secretas influencias que no se compaginaban con su carácter. Era perfecta mujer: esencia misteriosa que no se explica, se acepta y respeta; se la ama ó se la aborrece por el hombre, como ella aborrece ó ama, según que el hombre haya sabido dar culto á esa esencia misteriosa ó tuviere la torpeza de herirla.

Así juzgaba Carlos á Julia y la juzgaba bien. Han pasado años, y rodando la vida, conozco hoy por azar, intimidades suyas que la retratan tal como Carlos la adivinó.

Ella ¿qué pensaba de Carlos? Seguramente á nadie lo dijo, reservándose su opinión. El había parecido en aquél círculo lo que en todas partes; el concepto general le era desfavorable. Algunos no se recataron de decir que le encontraban ridículo.

Afrontó Carlos ese ridículo un lunes y otro lunes, sin ganar terreno. La victoria de Julia es lo que le interesaba con alma y vida.

Defendíase Julia como podía de las bromas que por ello la daban, mortificándola en muchas ocasiones bien á la vista de Carlos, lo cual era su torcedor más grande, según me refería, por no saber evitarle aquellas mortificaciones y porque lo fuesen efectivamente para ella.

En cambio, durante nuestros largos paseos nocturnos, me hablaba también de esperanzas que inundaban de alegría su espíritu; porque mil insignificantes detalles eran para él clarísimos indicios de que, si no vencía en concepto de los indiferentes, en el de su adorada ganaba terreno poco á poco, acercándose á la victoria, viendo claro que ya existía entre los dos cierta inteligencia oculta y sutil no convenida ni explicada, pero bastante para asegurar que se habían comprendido.

Así las cosas durante varias semanas; llegó al fin el acontecimiento fatal. No lo presencié, lo supe por él mismo que, como otros lunes que le abandonaba á su suerte por mis quehaceres ó por correr la propia, vino á reunirse conmigo para que nos retirásemos juntos.

Cuando le ví presenté una catástrofe: traía el semblante pálido y descompuesto, no con la contracción del dolor físico, sino con ese desmayado abandono que el dolor del alma ejerce en las facciones paralizando los músculos y dejándoles inertes, ni como el rostro alelado del imbécil, ni como la cara estupefacta del tonto, más bien como la fisonomía rígida del loco.

Acercóse á mí en silencio, con el andar de autó-

mata, y al llegar detuvóse y me miró. Me dieron miedo sus ojos: en ellos ví á un tiempo pintados, el terror, la desesperación, la vergüenza, la ira, el odio, la luz siniestra, en fin, de todas las malas pasiones de la humanidad, iluminando como relámpago las pupilas de aquel hombre.

Púsome la mano encima, me levanté y salimos. A la impresión del soplo helado del Guadarrama envolví mi cuerpo en los pliegues de la capa, mientras corrían por la frente mal cubierta de Carlos gruesas gotas de sudor.

— ¿Qué te pasa, dí? — le increpé por tres veces.

A la tercera vez me dijo:

— ¡Es verdad! Ya estoy contigo.

— Pero ¿qué te sucede? ¿Acaso Julia....?

No me dejó concluir, y cual pudiera la voz de un fonógrafo hablar sin inflexiones en la inconsciencia de valor de las palabras repetidas; como si hablara mecánicamente ó sonámbulo, sirviéndose de medium á sí propio, me dijo con lenta y obscura entonación:

— Hoy, por fin, solos como la noche primera, en el mismo sitio: por muy breves instantes fué; pero ya no éramos los mismos: yo suyo, ella mía, el mundo para los dos. Hablábamos sin oírnos; soñábamos con la ventura del paraíso sentados á su puerta y no nos lo dijimos. ¿Para qué? yo leía en sus ojos que, fijos en el país del abanico, se dejaban mirar adivinándose y las palabras indiferentes de uno y otro, las modulaban los labios y se deslizaban en el aire sin turbarnos, porque los rumores de la tierra no pueden alterar el plácido silencio de otras regiones.

Un manojo de claveles blancos ondulaba prendido sobre su pecho, y algo al propósito le dije; no sé qué. La ví entonces acudir á ellos, agitar sus dedos con impaciente y nervioso movimiento entre los tallos revueltos de las flores, y de pronto, apartar la mano con ademán tranquilo, recoger el abanico que resbalaba entre los pliegues de su falda y poniéndose en pie, tomar el brazo que, inesperadamente, le presentó un hombre sonriéndose.

La llevó al piano, mis ojos la siguieron y cuando sus dedos ágiles recorrían en rápidos arpeggios el marfil del teclado, me parecían las teclas claveles blancos que escogía para mí, y las notas, hiriendo el aire, armonías que resonaban dentro de mi alma.

Calló, aplaudieron y se levantó del piano; el mismo hombre volvió á darle el brazo y pasaron por delante de mí: sus labios sonreían y su mirada me dijo claramente, que no olvidaba nuestra separación á las puertas del paraíso y que en él entraríamos.

— ¡Ya imposible! — exclamó Carlos. — ¡Imposible! ¡no puede ser!

¡Haber visto entreabrirse las puertas del cielo y cerrarlas yo mismo para siempre, hundiéndome en este caos espantoso. ¡Soy un imbécil!

— ¿Qué dices, Carlos? — le interrumpí, sacudiéndole el brazo.

— Eso; que soy un imbécil, un miserable; porque ella me odia, sí, de seguro, y no me perdonará nunca.

— Pero ¿qué has hecho, desgraciado?

— Nada; un nada que constituye una monstruosidad, un horror, un delito sin nombre; delito tal que no alcanzaré su perdón.

— ¿Cuánto? ¿Qué ha sido? ¿Dónde?

— Ahora, hace un momento, á la puerta del salón. Vino á despedirse de mí; yo la admiraba como siempre pendiente de sus ojos y sobre mí se fijaban las miradas de esa gente que aborrezco, ávida del ridículo. La hicieron paso y me alargó la mano; contaba yo observar el effluvio magnético que por tantas veces me ha producido aquel suave contacto: híceme dueño de mí para no venderme y la tomé con temor, conteniendo el impulso de estrecharla,



de pronto, entre aquella mano y la mía, noté con espanto que se deslizaba un cuerpo extraño, húmedo, blando y suave como un reptil, sentí una impresión nerviosa indefinible, no pude dominarla y retirando el brazo bruscamente, abrí los dedos y dejé caer aquello sobre la alfombra; bajé la vista y quedé extático. ¡Era un clavel blanco!

Cuando alcé los ojos no vi á Julia ya, no encontré más que rostros burlones, risas mal encubiertas. Salí en seguida; eché á andar; aquí me tienes: llevo en el alma todos los gérmenes del infierno.

Tal fué el suceso fatal que Carlos me refirió.

Julia, en efecto, no pudo perdonarle jamás; que hay nimiedades que hieren la delicadeza femenina más y más hondo que el mayor crimen. Hoy sé, que casada por error, entregada al amor de sus hijos y nunca comprendida por su marido, casi ha confesado que Carlos pudo hacerla feliz. Pero no le perdona.

El tampoco se perdona á sí mismo, aunque cada vez más misántropo, nunca habla conmigo de aquel único amor que hizo expansión un tiempo en su alma retraída.

He ahí una comedia y un drama á la vez, nacidos de un hecho vulgar y nimio que decidió la suerte de dos existencias, como si fuese un grave acontecimiento.

Tal es la historia de una de tantas paradejas como abundan en la vida humana.

ANGEL VELA-HIDALGO.

## POESÍA

En la cuna los puso la madre  
y allí los dos niños,  
escuchando sabidas canciones  
quedaron dormidos.

Quedaron dormidos soñando que eran  
muy nobles, muy ricos,  
y al costado llevaban espada  
de acero bruñido.

De acero bruñido que al rayo del sol  
con fúlgido brillo,  
deslumbraba la vista aterrada  
del fiero enemigo.

Del fiero enemigo que viene corriendo  
y coge á los niños....  
y los dos despertaron á un tiempo  
y dieron un grito....!

Pero al ver á la madre á su lado  
riendo, tranquilos,  
despreciando el pasado combate  
quedaron dormidos....!

MANUEL LINARES.

## CRÓNICA

Los últimos telegramas anuncian que Su Santidad ha desistido de abandonar á Roma.

— En el Gran Ducado de Baden se verificó un Congreso Católico, al que han concurrido representantes de todas las parroquias del Estado.

Los miembros del Congreso eran 1.200. Las proposiciones de la mesa relativas á la conservación y fomento del espíritu católico en la sociedad moderna, fueron aprobadas por aclamación.

— Dicen los periódicos que en virtud de las razones expuestas por la Comisaría general de Cruzada al Sr. Ministro de Ultramar, y que éste ha considerado justas y atendibles, desde ahora en adelante las Bulas que se remitan á las provincias de

Ultramar no servirán ya para un bienio, como hasta aquí, sino sólo para un año, como sucede en la Península.

— En San Sebastián se inauguró el día 8, con toda solemnidad y asistencia de S. M., de los Ministros allí residentes y autoridades, la recién construida iglesia del Antiguo, celebrando el Rmo. Obispo de Vitoria una misa rezada.

El coste de la iglesia ha sido de 12.000 duros próximamente, y su construcción no ha durado más de once meses.

Pertenece el edificio al orden gótico del siglo XIII. La iglesia tiene una sola nave, forma de cruz latina, y sus dimensiones son 37 metros de longitud, 12 de latitud, incluyendo los muros, y 20 de altura.

La torre que se levanta en el centro de la fachada principal, tiene 35 metros de elevación y está sustentada sobre cuatro grandes pilares que uniéndose en arco ojival, forman un pequeño vestíbulo que da acceso al templo. Tanto la torre como la fachada principal son de piedra arenisca del país.

Contiene el templo dos capillas laterales dedicadas á San Sebastián y á la Virgen de los Dolores, y en los muros un *Via-Crucis* en medalleros de barro imitando bronce.

En el presbiterio un sencillo y elegante altar de mármol blanco, y en el ábside tres ventanas ojivales con vitrajes de colores, representando San Sebastián, San Ildefonso y los Sagrados Corazones.

— Los 244 faroles que se estrenarán este año en las fiestas del Pilar de Zaragoza, con más 15 grandes que se construirán para el año que viene, están valuados en 4.000 duros.

— La Asociación para la enseñanza de la mujer ha publicado el prospecto de los trabajos que en el próximo curso han de realizar sus escuelas.

Están organizadas de manera que pudiendo ingresar en ellas las señoritas desde cinco años, siguen sus estudios por grados correspondientes á los progresos de la edad y de la instrucción hasta adquirir la cultura necesaria para la administración de su casa, la intervención en negocios comunes y comerciales, el buen trato social y ejercicio de la enseñanza.

La Asociación cultiva con preferencia los idiomas, siendo el francés asignatura obligatoria en todas sus escuelas desde la primera elemental, el inglés en la de Comercio y el inglés ó el alemán en la de Institutrices, sosteniendo además clases especiales para los tres idiomas y para el italiano.

El curso dará principio en las escuelas primarias el 15 del corriente; en la de Comercio, Institutrices y clases especiales de idiomas, dibujo, pintura, labores y canto el 1.º de Octubre.

— M. Luis Delmer ha explicado en una conferencia dada en los baños de Spá el estado actual de la esclavitud en África, recomendando á sus oyentes y á todos los cristianos la fundación del Cardenal Lavigerie. Esta clase de conferencias aun no se conoce en nuestras estaciones balnearias.

— El Cardenal Arzobispo de Valencia ha convocado un Concilio provincial que ha de celebrarse en la capital de su Diócesis el día 18 de Octubre próximo, día en que se celebra la fiesta de San Lucas Evangelista, para tratar materias concernientes al régimen interior y exterior de los cabildos catedrales.

— En la Exposición de París, presenta M. Lesmottes ejemplares de imaginería gótica, consistentes en estatuillas de la Virgen y de varios Santos, ya en color natural ó policromos, é interesantes por su ingenuidad artística y sentimiento religioso.

— M. Auzerat ha presentado á la Sociedad Geográfica de París las primeras muestras de mapas y

globos de bolsillo, que seguramente prestarán útiles servicios á la propagación de los estudios geográficos y á los viajeros, pues estos nuevos enseres de enseñanza, pueden conservarse sin los cuidados que exigen los de otras dimensiones.

— En el próximo Octubre se organizará en Madrid un Comité de propaganda para establecer un Asilo marítimo para niños, á semejanza de Francia, Inglaterra, Italia y Holanda.

— De esta manera explica un periódico científico el por qué no caen rayos en los trenes cuando se hallan en marcha:

«Cuestión es ésta que causa extrañeza á todos los que conocen la influencia que las grandes masas metálicas en movimiento ejercen sobre la carga eléctrica de las nubes tempestuosas, máxime cuando ocurre frecuentemente que el rayo se precipita sobre algún desgraciado peatón, bastante mal avisado para procurar sustraerse á la tempestad corriendo.

»Esta aparente anomalía se explica por el hecho de que los rails sobre que avanzan los trenes, á causa de su gran superficie de contacto con el suelo, permiten el paso y difusión de la electricidad atmosférica sin ninguna dificultad.

»Los trenes vienen á ser, por tanto, respecto de los viajeros, lo que los pararrayos comunes son respecto á los edificios. Las partes metálicas salientes del tren producen el efecto de las puntas; el armazón de hierro de la máquina; los coches, con ejes y ruedas, constituyen un poderoso «conductor eléctrico», y los rails pueden considerarse como una «plancha de tierra», de considerable superficie.

»Presentando los trenes muchas partes metálicas salientes, facilitan el desprendimiento ó la combinación lenta de las dos electricidades en tensión. Así se les ha podido observar atravesando sitios donde la tempestad se desencadenaba, lanzando el fluido hasta el punto de quedar envueltas sus ruedas por una aureola luminosa, mientras que el trueno rugía inofensivo alrededor del tren.

»Esta descarga lenta evita mucho la descarga violenta que llamamos rayo; pero aun en el caso de que se verifique, la gran sección de los conductores metálicos la conduce á la tierra, sin detrimento de los materiales, ni peligro para los viajeros.»

## NOTAS SUELTAS

— Hijo mío — decía un abuelo á su nieto — el hombre es como el fósforo: en los primeros años le arde la cabeza, se gasta pronto, y luego queda la cerilla apagada y hay que tirarla.

\*\*\*

### LOS OJOS

Los azules miran al cielo.  
Los pardos á lo que les importa.  
Los verdes esperan.  
Los negros echan chispas.

Hay ojos alegres, como los de la niña que mira el vestido que la pone de largo; los del escribiente el día de paga; los del novio convencido; los del usurero cuando cae un préstamo; los de todo el que oye sonar una talega de dinero.

Hay ojos tristes, como los del jugador arruinado; los de la mujer fea que presencia el baile sin que nadie la saque; los del militar sorteado para Cuba; los de la madre que vela sin esperanza al niño enfermo.

La mirada más terrible es la del malvado.  
La más dulce, limpia y serena, la del justo.

\*\*\*



En la escuela:

— Cuando de un número entero se quitan cuatro partes, ¿qué queda?

Nadie responde.

— Si cortáis en cuatro partes una sandía y os las coméis, ¿qué quedará, imbéciles?

Un sobresaliente:

— ¡Nada, porque yo me como hasta las pipas!

#### LOS DIAMANTES

Los diamantes con que se adornan las mujeres no son otra cosa que *carbón*, es decir, carbón puro. Entre el diamante de más brillo y un pedazo de carbón, purificado por medio de la calcinación en vaso cerrado, no existe ninguna diferencia en cuanto a la composición química: uno y otro son carbono. El diamante y el carbón son infusibles al fuego más intenso; pero con ayuda del oxígeno ambos cuerpos se volatilizan, y el producto de su volatilización es ácido carbónico.

El diamante es la más apreciada de las piedras preciosas. Se le encuentra en el reino de Golconda y Visapur, en Persia, en Borneo, en el Brasil, en Siberia, hacia la pendiente occidental de los montes Urales, en Africa, etc. También se han recogido pequeños diamantes en el río de Constantina.

Los diamantes gruesos, de un valor elevadísimo, pertenecen a los reyes y llegan al número de diez y nueve. La Rusia posee el más grueso de los diamantes conocidos, valuado en cien millones de francos. Formaba uno de los ojos de un ídolo del Malabar; un soldado francés que había desertado, ideó hacerse sacerdote del ídolo para robarle aquel ojo. Consumado el robo, se fugó a Madrás, donde vendió el diamante por veinte mil rupias a un capitán de buque. Un judío lo compró en seguida por cuatrocientos mil francos, y lo vendió por un millón a otro judío, que lo propuso a Catalina II por el precio de tres millones.

La familia real de Portugal posee dos diamantes de gran valor; uno de ellos, extraído de las minas del Brasil, pesó doce onzas y media, y era apreciado en veintidós millones de reales.

Francia poseía dos diamantes, de los cuales el mayor, llamado *Regente*, vale tres millones seiscientos mil francos.

Inglaterra tiene dos diamantes: uno de cuatrocientos mil francos y otro de doscientos mil. El del gobernador Pitt pesaba quinientos ocho granos en bruto y cuatrocientos veinticuatro bruñido, y fué vendido en tres millones trescientos setenta y cinco mil francos.

Alemania posee un diamante de cuatrocientos mil francos. El de Holanda se estima en trescientos mil.

Próximamente de este valor es el diamante de Egripone, que posee el Sultán de Turquía, el cual ofrece la particularidad de haber sido encontrado en un muladar por un mendigo que lo vendió por dos cucharas de palo.

El que perteneció a Aureng-Zeib pesaba mil

ciento diez y seis granos después de pulimentado; su valor era de diez y nueve millones cuatrocientos setenta mil francos.

El rajah de Matán, en la isla de Borneo, posee un magnífico diamante de la dimensión y de la figura de un huevo de gallina de los pequeños, y que se negó a cederlo al gobernador de Batavia, que le ofrecía en cambio dos bergantines de guerra de gran porte, completamente armados y abastecidos, y, como pico de la cuenta, la cantidad de tres millones setecientos cincuenta mil francos en dinero.

Las minas de diamantes de Golconda fueron descubiertas en 1584, las de Colón (Indias Orientales) en 1610, y las del Brasil en 1730.

El hombre huye de su bienhechor, como de un acreedor a quien sabe que nunca podrá pagar.

Cuando hagas favores, no humilles al que los recibe.

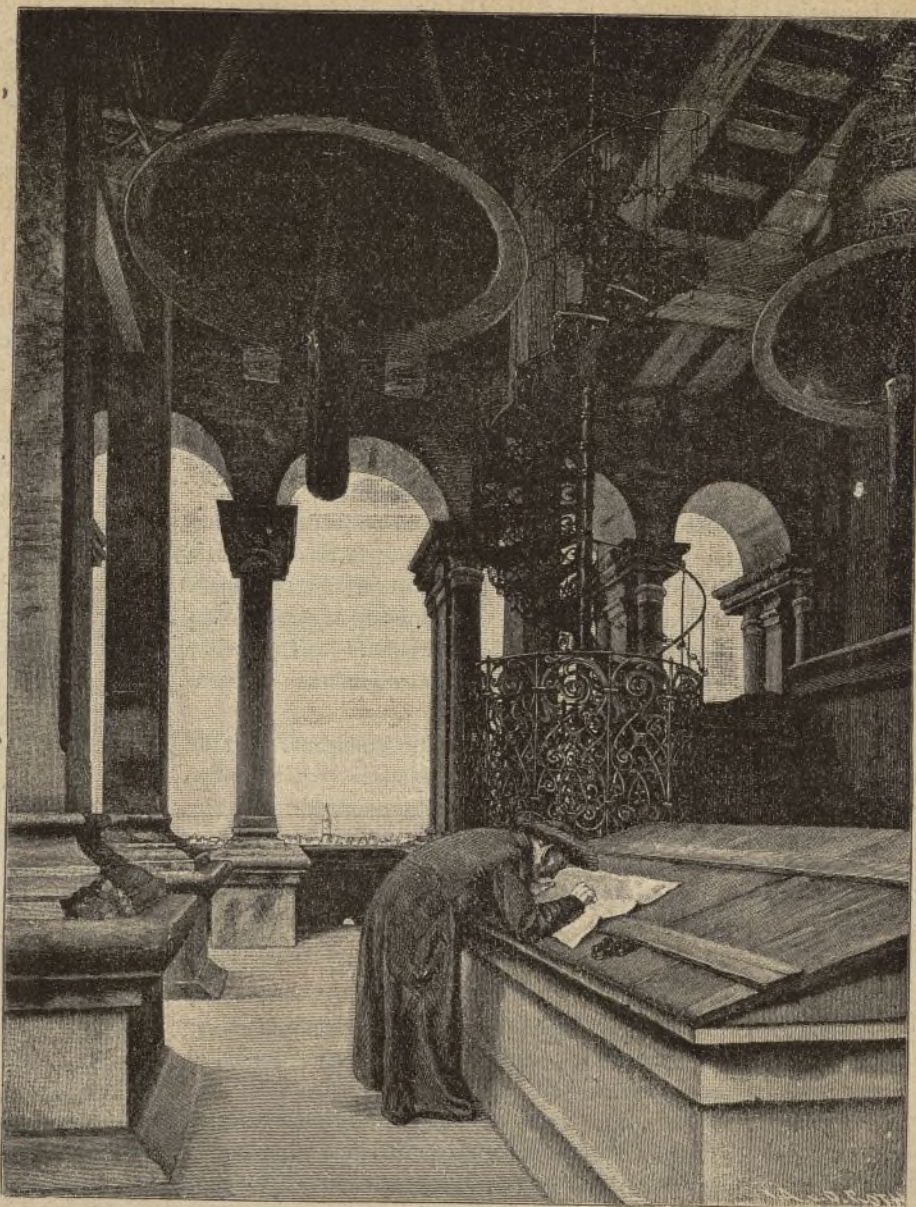
La ingratitud es la calle real de la vida.

Desconfiad de la mujer cuyo pudor se alarma a la menor palabra.

La virtud de la mujer es más sólida que la del hombre, porque no espera esas recompensas que los hombres se conceden.

Economía, orden y limpieza son cualidades esenciales en la mujer. La economía equivale a la dote. El orden es economía de tiempo. La limpieza es madre de la salud y de la hermosura.

Cuando el amor abandone nuestro planeta, cesará la vida.



TORRE DE LA IGLESIA DE SAN MARCOS EN VENECIA, Cuadro de Loefer.

La verdadera literatura de la mujer, la moda.

El arte del trato humano suele ser la ciencia de los necios.

La felicidad es común de dos; el que la busca solo, difícilmente la encuentra.

#### LAS PRIMERAS CAMELIAS

Era un día de Diciembre de 1738. Fernando VI, aquel Monarca atacado de hereditaria melancolía que le llevó al sepulcro, paseaba por su cámara del Palacio Real de Madrid, cuando entró María Teresa riendo y llevando en la mano una flor de extremada blancura.

— ¡Hermosa flor, pero sin perfume! — dijo oliéndola el Monarca.

— Es la nueva flor de Filipinas — dijo la Reina. — Te he reservado la más hermosa. La otra será para la Rosales, que tan maravillosamente representa el papel de Emilia en la tragedia *Cinna*.

La flor que María Teresa ofrecía a su esposo era una camelia.

La víspera del día en que ocurría esta escena, un Jesuita misionero que acababa de llegar de las Indias, fué admitido a ofrecer a la Reina un arbusto con dos magníficas flores blancas que había traído de la isla de Luzón.

El arbusto tenía más de un metro de altura, plantado en un precioso tiesto revestido de nácar. En sus ramas estaban las dos flores.

El Jesuita portador de aquellas hermosas flores se llamaba

*Camelli*, y, con este motivo, se llamó a la flor *camelia*. Los tallos del arbusto de Filipinas se cultivaron bien abrigados en las estufas del Buen Retiro.

El arbusto del P. Camelli permaneció durante mucho tiempo en una especie de obscuridad, aun cuando había sido introducido a fines de 1379. Los poseedores de este tesoro vegetal no querían popularizarlo a ningún precio.

La misma María Antonieta no logró contarle en el número de aquellos con que se complacía en adornar las estufas y jardines de Triánón.

Hasta fines de 1769 no fué conocida en Francia la camelia. La futura emperatriz Josefina consiguió adquirir el precioso arbusto para su castillo de la Malmaison, obteniendo, merced a sus solícitos cuidados, las más soberbias flores.

A su regreso de Italia, y al ver aquellas hermosas flores blancas de que estaban cubiertos los salones de la Malmaison, Napoleón, atacado de súbito desecho de economía, calculaba con Josefina la renta que podrían producirle aquellos productos de la floricultura. Hoy se dice, equivocadamente, camelia, en vez de *camellia*, que es el verdadero nombre de la preciosa flor.

— Fortuna, ¡sube! — gritaba un miserable hambriento desde su buhardilla.

— ¿Que suba...? ¡Buena es esa! — contestó la Fortuna. — Para dar conmigo tienes que descender y mucho. Conque ¡baja, baja!